

## X

— Tienes poder para atreverte á tanto,  
lira; no cierres el glorioso mito  
sin diluir el postrimero grito  
en una gracia espiritual de encanto. —

... Entra en las llamas Hércules: un llanto  
hacen, sobre él, los astros, infinito;  
mas Deyanira, en un siniestro rito,  
le sigue al postrer tálamo.

Su manto

cierra el fuego sobre ellos; las nupciales  
ansias se tornan luz en las triunfales  
llamas que á consumirlos se derraman...

Y canta Grecia:

«No murió el Divino;  
antes, sobre él, como un prodigio, vino  
el claro Olympo en que los dioses aman.»

## VENDIMIÓN COMBATIDO

SEGUNDA PARTE: VENDIMIÓN Y EL DANTE

## CANTO PRIMERO

### LA VIDA

#### I

Dió su cárdena luz lo milenario;  
fué todo el mundo Vendimióon... Estaba  
el día, en torno al sol, como un sudario.

La tierra vasta, entre las sombras, daba  
gemidos de impotencia y alaridos,  
y el «Dies Iræ» la imperializaba.

Roma nutriz perdía los sentidos  
y sus haces de paz se dividían  
en un pánico alarde de partidos.

Las zarpas rojas del Imperio hacían  
presa en la impavidez de su escultura;  
hilos de sangre el mármol recorrían.

Y la caterva de la Iglesia impura  
cegaba el oro del panal latino  
en la aridez de su doctrina obscura.

La fuente humana, del caudal divino,  
vió, en tanto horror, periclitarse su vena;  
y á las cerradas puertas del destino,  
la muerte estaba convertida en hiena.

## II

... Y surgió Aquel del alma borrascosa :  
el odio y el amor mantuvo unidos  
en la serena boca desdeñosa.

Y abrió á la vida todos los sentidos  
y fuego y lava y pez, llama y serpientes  
se le tornaron todos sus latidos.

Bajó á buscar en las plebeyas gentes  
caudal para su verbo; en ondas vivas  
movió sus rimas, aun, de amar, calientes,

y en los atrios de pueblo, en las esquivas  
salas de corte, en claustros monacales,  
dió libertad perenne á las cautivas.

Estaban, en su frente, las señales  
de una serena voluntad; sus ojos  
traspasaban las cosas materiales;

y en el decoro de sus paños rojos,  
soberbia la figura y florentina,  
se hendían, si él pasaba, los hinojos.

Alma de formación, cosa latina,  
juntó, en sí mismo, todos los contrarios  
y su vida fué güelfa y gibelina.

Unificó la raza y, de los varios  
baluceos del mundo, hizo la entera  
plenitud de sus gestos arbitrarios.

Tuvo el cuerpo sensual y el alma austera;  
en hez de plebe hundió, al vivir, su lira,  
y en luz de sol la alzó, en el canto, fiera.

Despedazó el engaño y la mentira  
y puso á fuego sus concupiscencias  
en los hornos calientes de su ira.

Y cuando estaban todas sus potencias  
á la más agria lucha preparadas,  
pasó la de las castas inocencias  
y vió la «vida nueva» en sus miradas.

## III

Tú, la perenne Tú, la alta y primera  
y en tu ornato de paz esclarecida;  
Tú, la que siempre tarda y aun se espera;

Tú, la que un día pasa y no se olvida;  
Tú, el impulso, la luz, la iniciadora,  
la corona y razón de nuestra vida.

Se sobrecoge el alma, mi señora,  
puesta á decir el inmortal sentido  
de tu clara influencia innovadora;

y, apresada en el verso endurecido,  
muere el ave gentil de la mirada  
que un día, en tus dos ojos, hizo nido.

¡Oh, no tu cuerpo; oh, no la delicada  
línea, deshecha en luz, de tu apariencia  
que da vida á la túnica nevada!

¡Oh, no el sereno andar, ni la inocencia  
de las dos manos que deshacen flores,  
ni el alma nívea en la exterior decencia!

¡Oh, no las voces como resplandores  
de las amigas que, en bullicio suave,  
pasan contigo departiendo amores!

¡Oh, no la luz de aquella tarde gravel  
¡Oh, no, en la tarde, el fondo aquel del río  
y tu silueta, en él, como una nave!

¡Oh!, no la gracia de tu señorío  
quiero cantar; que sólo en tu mirada  
divinamente activa me extasío.

La torno á ver, extremadamente armada  
de exigencia apremiante, caudalosa  
de una lumbré recién iluminada.

La torno á ver, en su virtud radiosa,  
toda empeñada en una viva instancia  
que mete en fuego el alma desdeñosa.

La torno á ver hiriendo, en su arrogancia,  
al gran Adusto con tan nuevo imperio  
que deja en él como una resonancia...

¡Oh, el mejor plectro y el mayor salterio  
de luz hilada que encontró poeta  
por los desiertos de este cautiverio!

¡Oh, mirada magnífica!...

La quieta  
lengua del Hosco mueves de improviso,  
y en inmortales himnos te interpreta;

y, aunque al mayor horror llevarte quiso,  
con lealtad tan grande te servía,  
que su canto resuena todavía  
con un dulce resabio á Paraíso...

## CANTO SEGUNDO

### LA OBRA

Salía del gran círculo : sus huellas  
se iban marcando en sangre como rosas,  
y las rosas se abrían como estrellas.

Y Vendimión le dijo :

— En tus gloriosas  
sienes el pío lauro brota espinas  
y hay, en tus rimas, sierpes venenosas...

¡Bien me has hecho temblar!... Manos latinas,  
como son, en la ley, tan materiales,  
ponen siempre en peligro mis doctrinas.

Pero hoy soy yo quien orna estos umbrales  
y te hago honor en tu magnificencia,  
que tus castigos no me son mortales.

¡Oh Padre y Juez! Bendigo tu sentencia;  
que en los hornos de fuego en que la cueces,  
sacas á más vigor mi omnipotencia.

Que no por ser más alto entre los jueces,  
tú dejaste de hacer, á su manera,  
nocivo mosto de nocivas heces.

Toda la vieja edad tornaste hoguera  
y el orbe entero es leña en ella, Adusto;  
mas dime : en las cenizas, ¿qué prospera?

Ni orondo roble en su vaivén robusto,  
ni grey copiosa, ni apiñada aldea,  
ni claustro grave, ni jardín venusto.

Brasa tus iras, encendida tea  
la justicia en tus manos, Displicente;  
látigo en carne humana fué tu idea.

Hollaste miembros rotos y audazmente  
diste, al darle á tu Dios soberanía,  
la obra de Dios por pasto á la serpiente.

Gran merced, Dictador... Yo no podía  
tal botín esperar de mi enemigo,  
ni mi fuerza á lograrlo me servía.

Tú me has sacado á no falible abrigo  
y ya, por tí, yo viviré en lo eterno,  
nutriéndome del crimen y el castigo.

Que está en todo el espíritu el gobierno  
de Dios, y yo le dejo á Dios la tierra,  
si abres á mi mandíbula el infierno.

¿Qué humana liga, qué funesta guerra,  
qué ansia de gibelinos belicosa,  
tanto dolor como tú has dicho encierra?

Eternamente, hasta la faz gloriosa  
de mi Señor, emanaran vapores  
de esta charca que hoy dejas, sanguinosa.

Y Él no será; porque Él es resplandores  
sin mezcla de penumbra; y es reposo  
en plenitud; y vida sin dolores.

Y Él es carne también y en lo horroroso  
de estos miembros que hoy dejas palpitantes,  
Dios palpita sobre ascuas, doloroso.

Tendiste á Dios en garfios lacerantes;  
pusiste á Dios en un horror de llamas:  
¡lloren los astros lágrimas constantes!

Y la serpiente, en cuyo honor proclamas  
la eternidad del mal, púrpura vista  
sobre el recio cordón de sus escamas.

Y yo, el Devorador, humilde asista  
á hacerme siervo tuyo en el camino,  
porque te debo la mayor conquista.

¡Oh, nuevo Padre del país latino!  
En tu justicia trágica reposa  
mi poder.—

Dijo así, y el gibelino  
volvió, al pasar, la cara desdeñosa.

## CANTO TERCERO

### «VITA NUOVA»

El gibelino — ¡enigma! — el gibelino  
pensó:

— Enemigos: con un verso eterno  
os he amarrado al potro del destino.

Y me ha pagado todo miembro tierno,  
todo humor de la sangre, toda brava  
pujanza de las venas en lo interno,

su tributo glorioso. Pez y lava,  
y garfios y aspás en la luz candentes  
maceran mi cosecha... Goteaba

hiel de cicuta y baba de serpientes  
mi corazón esquivo y solitario  
en la avara estulticia de las gentes.

Bebí el lánguido horror, involuntario  
— lágrima sin angustia ni esperanza —  
que en sus párpados cierce el Dromedario

de la Carne... No vi, en la lontananza,  
la espada de oro, el corazón de fuego  
que se moviera á la fatal venganza.

Y en ira y llanto y en fervores ciego,  
eché en el mundo sangre de mis venas  
y la hice lava con mis soplos luego.

Termine todo así: goces y penas,  
y la ambición que se moldea en lodo,  
y la justicia con las manos llenas

de sangre; y el amor y el nuevo modo  
con que agoniza Italia entre dos fieras,  
¡termine todo así, termine todo!

¡Ah, manos mías, que he podido, austeras,  
cruzar para sostén de un monumento,  
y al fin de un mundo viejo sois cimeras!

¡Ah, manos que se alzaron un momento  
á marcar á los hombres, decididas,  
todas las sendas que cobija el viento!

¡Ah, manos, finalmente, envilecidas  
en la áspera labor de ir triturando  
todo el polvo de muerte de las vidas!

Manos, yo os quise levantar, cantando,  
hasta las sienas de la Italia mía,  
de lauro y roble su cabeza ornando;

y del instinto aquel que me movía  
audaz y en nombre y formas italiano,  
la ejecución os quise dar un día;

y entré á luchar... — Me vió su ciudadano  
Florenzia, alzarne; en la habla florentino,  
imperial en la fe como un romano.

Pisé las zarzas y me ardió el camino,  
y el suelo en torno me faltó con miedo,  
que era mortal y me avancé al destino.

Y no halló vaso mi licor acedo  
donde verterse, ni ara que aliviarme  
de la ofrenda inmortal de mi denuedo.

Y se ahilaron los míos á mirarme  
con estupor, y yo sentí, pasando,  
los odios de mi raza acompañarme.

Y la hiel amarilla, derramando  
por sobre el alma misma su veneno,  
me fué el conspecto de mortal robando.

Y torné odioso..., y me nació en el seno,  
por corazón, un tigre..., y quise, un día,  
lavar mis manos que manchaba el cieno

con sangre y sangre y sangre... ¡Italia impía,  
si no mi amor, te labrará mi hierro;  
como quiera has de ser, ó el alma mía

consumirá la tuya!

— Ha sido yerro  
desconocer al que te amaba. ¡Lloral...  
¡Yo soy Aquel que torna del destierro!

¡Yo soy Aquel de la suprema hora  
que, viéndote llorar, te despedaza,  
y que te hace morir porque te adora!

¡Yo soy el de la trágica amenaza,  
Italia; Aquel que en brasas te sepulta  
y en las cenizas vuelve á hacer la Raza!

Soberana virtud, virtud oculta  
del pueblo y del idioma y del renuevo,  
¡surge en la combustión!, ¡salta y exulta!

Yo voy, Italia, hacia tu Imperio nuevo,  
y arrojo brasa en tu ceniza muerta,  
y en fuego acoso al porvenir mancebo.

Yo soy Aquel que, en la sabida puerta,  
puse «perded toda esperanza...» Y dejo  
tras mí, la senda del futuro, abierta.

No me espanta el dolor.

Este reflejo  
de llamas es triunfal; que, en la amargura,  
la mayor muerte es el mayor consejo.

Y si esta llamarada que fulgura  
como un paño de púrpura en mi lira,  
Italia, no te limpia y te depura;

y si mi amor, transfigurado en ira,  
no te renueva, ¡muere entre mis llamas,  
que es digna de la víctima la pira!

¡Italia grandel... El fuego en que te inflamas  
va, por el aire, á señalar la cerca  
que has de cubrir con tus futuras ramas...  
¡Oh, quema, quema! — El Porvenir se acerca.

## EPÍLOGO

Él subió, remontando las estrellas,  
á las esplendorosas latitudes  
donde Ella estaba, coronada de ellas.

Ella, la que alegró sus juventudes.

Quedó, en las manos de la tierra — manos,  
como son de la tierra, hechas de lodo —,  
el Libro de los gritos sobrehumanos :

«¡Termine todo así, termine todo!»

Resplandeció sobre la letra, un día,  
desplegando las alas, el sentido  
que en ellas, como un águila, dormía :

y tú, Italia, por él, por él has sido.

— Pero nieve de siglos, en copioso  
vellón, cae impalpable sobre el nido,  
y Vendimión sonríe desdeñoso...

— La letra abulta; enfríase el sentido...

## VENDIMIÓN COMBATIDO

TERCERA PARTE: RECONCILIACIÓN SUPREMA